

Omraam Mikhaël Aïvanhov

La Balanza cósmica

El número 2

1ª edición



Colección Izvor

Nº 237

EDICIONES



PROSVETA

I

LA BALANZA CÓSMICA –
EL NÚMERO 2

I

El 21 de Marzo, el sol entra en el signo de Aries. Es el equinoccio de primavera. Los días y las noches tienen igual duración. Después del reposo del invierno, la naturaleza se despierta: las semillas empiezan a germinar, los brotes aparecen en los árboles. Y mientras el sol prosigue su marcha a través de los signos de Tauro, de Géminis, de Cáncer, de Leo y de Virgo, vemos que la tierra se cubre de hojas, de flores y de frutos. Cuando, el 23 de Septiembre, el sol entra en el signo de Libra, es el equinoccio de otoño. De nuevo, los días y las noches tienen igual duración, pero, en esta época, se efectúa la siega, se recogen los frutos, y la naturaleza entra en reposo. Después de la fase ascendente (de Aries a Virgo), empieza la fase descendente (de Libra a Piscis).

Libra es el séptimo signo del círculo del zodiaco. ¿Por qué hay una balanza en el cielo, y qué nos enseña? En medio de esta sucesión de criaturas vivientes, de seres humanos y de animales, que representa el zodiaco, la balanza es sólo un objeto, y

más exactamente todavía, un instrumento para pesar, como si, con sus dos platillos, mantuviese en equilibrio los poderes de la luz y los de las tinieblas, los poderes de la vida y los de la muerte. A Libra, le precede Virgo, una muchacha que lleva unas espigas de trigo, y le sigue Escorpio, animal con un aguijón venenoso que puede matar. Esta oposición está también subrayada por el hecho de que, en Libra mismo, es Venus la que domina, mientras que Saturno está en exaltación. Venus y Saturno, ¡qué asociación! Venus, una joven muchacha que encarna la gracia, los intercambios armoniosos, los placeres, y Saturno, anciano austero, que se complace en la soledad y que, armado con una hoz, siega la vida de las criaturas.

Libra, en el zodíaco, es un reflejo de la Balanza cósmica, este equilibrio de los dos principios opuestos pero complementarios, gracias a los cuales el universo apareció y continúa existiendo.

Está escrito en el primer libro del *Zohar*: «Ya dos mil años antes de la creación del mundo, las letras estaban ocultas, y el Santo, bendito sea, las contemplaba y se deleitaba con ellas. Cuando quiso crear el mundo, todas las letras, pero en orden inverso, vinieron a presentarse ante Él... De esta manera, *Tav, Shin, Resch, Qof, Tsadé, Pe, Ain, Samesch, Nun, Mem...* se presentaron, una tras otra, ante el Creador y le expusieron las cualidades que las hacían dignas de ser instrumentos de su creación. Pero Dios no las aceptó. *Lamed, Kaf, Iod,*

Teth, Heth, Zain, Vav, He, Daleth, Ghimel, se presentaron también, y Dios tampoco las aceptó. Finalmente, se presentó la letra *Beth*, la segunda letra del alfabeto, y Dios le dijo: «Me serviré de ti, efectivamente, para operar la creación del mundo, y tú serás, así, la base de la obra de la creación.» Por eso, las dos primeras palabras del *Génesis*, «*Berechit bara*», empiezan con la letra *Beth*.

Diréis: «¿Y la letra *Aleph*? ¿Por qué no la menciona Vd.?» Pues porque Dios le dió a la letra *Aleph*, un destino especial. «La letra *Aleph* dice el *Zohar*, se quedó en su sitio sin presentarse. El Santo, bendito sea, le dijo: «*Aleph, Aleph*, ¿por qué no te has presentado ante mí como todas las demás letras?» Ella respondió: «Dueño del Universo, viendo que todas las letras se presentaban ante ti inútilmente, ¿por qué iba a presentarme yo también? Luego, cuando vi que ya decidiste darle este don precioso a la letra *Beth*, comprendí que no es propio del Rey Celestial quitar el don que ha dado a uno de sus servidores para dárselo a otro.» El Santo, bendito sea, le respondió: «¡Oh! *Aleph, Aleph*, a pesar de que me vaya a servir de la letra *Beth* para operar la creación del mundo, tú tendrás compensaciones, porque serás la primera de todas las letras, y sólo tendré unidad en ti; tú serás la base de todos los cálculos y de todos los actos hechos en el mundo, y no se sabrá encontrar la unidad en ninguna parte que no sea en la letra *Aleph*.» *Aleph*, la primera letra del alfabeto, representa el número 1, la unidad de Dios.

Y puesto que en el alfabeto hebreo las letras representan también a los números, la segunda letra, *Beth*, corresponde, por tanto, al número 2. Así pues, la creación es la obra del 2. Pero, ¿qué es el 2? Es el 1 polarizado en positivo y negativo, masculino y femenino, activo y pasivo. Desde el momento en que hay manifestación, hay partición, división. Para manifestarse y darse a conocer, el 1 debe dividirse. La unidad es el privilegio de Dios mismo, su dominio exclusivo. Dios, para crear el 1, tuvo que convertirse en 2. En el 1 no puede haber creación, porque no puede haber intercambios. Dios se proyectó, pues, fuera de Sí mismo polarizándose, y el universo nació de la existencia de estos dos polos. El polo positivo ejerce una atracción sobre el polo negativo, e inversamente. Es este mecanismo de acción y de reacción recíproca el que desencadena y mantiene el movimiento de la vida. La detención de este movimiento conllevaría el estancamiento y la muerte, el retorno al estado de indiferenciación primera. Las primeras líneas del libro del *Génesis* revelan que la creación se operó mediante divisiones sucesivas. El primer día de la creación, Dios separó la luz de las tinieblas. El segundo día, separó las aguas de arriba de las aguas de abajo. El tercer día, separó las aguas de la tierra firme. Y en el otro extremo de la creación, la célula, que es el más pequeño elemento de todo organismo vivo, se reproduce por desdoblamiento, por división en 2.

El 1 es una entidad encerrada en sí misma. Para

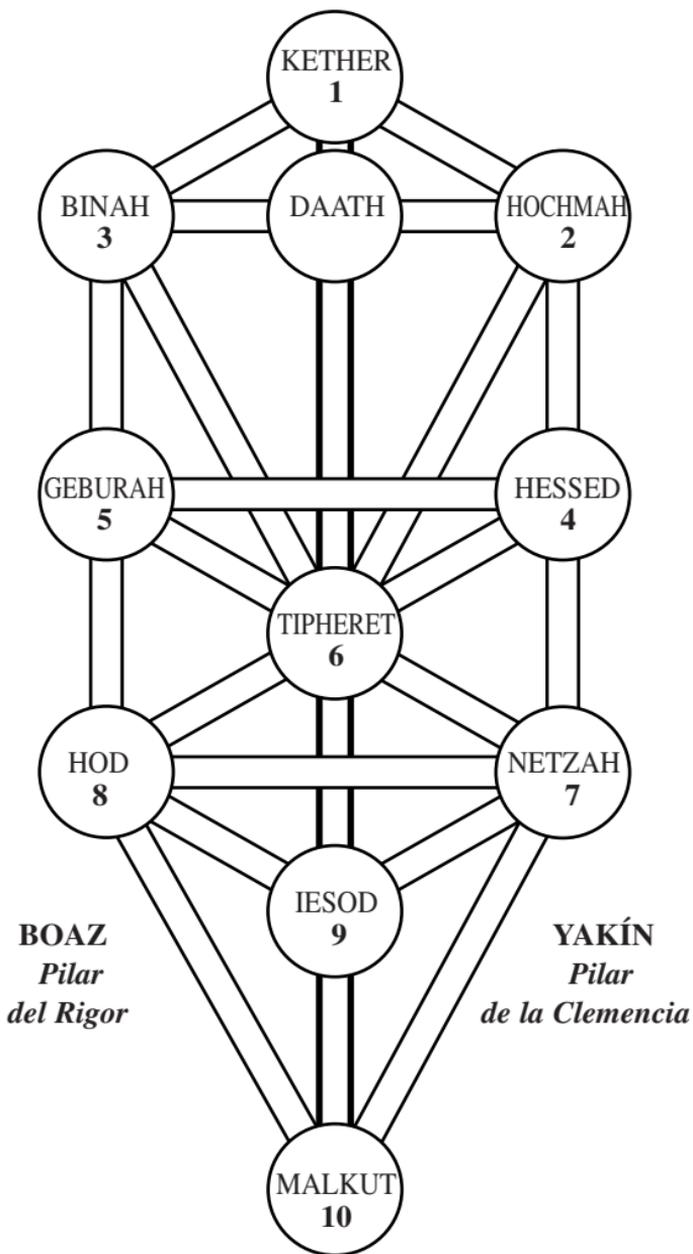
salir, debe convertirse en 2. En la ciencia de los Iniciados, el 2 no es 1+1, como en aritmética, sino el 1 que, para crear, se ha polarizado en positivo y negativo. Sólo que, para comprender los términos «positivo» y «negativo», cuando se trata de los dos principios, no hay que darles un significado psicológico o moral (es positivo lo que es bueno, constructivo; y es negativo lo que es malo, destructivo). Hay que interpretarlos acordándose de que estos términos pertenecen, en primer lugar, al vocabulario de las ciencias físicas en donde las dos grandes fuerzas son la electricidad y el magnetismo. En ambos casos, encontramos la polarización en positivo y negativo, es decir, emisoro y receptoro: un enchufe eléctrico tiene dos polos, un imán también. Cuando transponemos estos términos del dominio de las fuerzas de la naturaleza al plano psíquico o espiritual, aplicamos el carácter positivo o emisoro al principio masculino, y el carácter negativo o receptoro al principio femenino.

En el Árbol sefirótico (ver pág. 16), *Hochmah*, la sabiduría, es la segunda séfira. El 1, *Kether*, se divide allí en positivo y negativo. En *Hochmah*, el nombre de Dios es *Iah*, que está compuesto de dos letras, *Iod* (principio masculino) y *He* (principio femenino) que han engendrado el universo.

A la segunda letra del alfabeto hebreo, *Beth*, corresponde la segunda carta del Tarot: la Papisa. Entre otros detalles relevantes, descubrimos que lleva en la cabeza una tiara sobre la que hay una

media luna cuya forma se parece a la de una balanza, y que está sentada ante dos columnas, entre las que hay tendido un velo. Estas dos columnas representan, simbólicamente, los dos pilares del Templo de Salomón: *Yakin* y *Boaz*. A la derecha se levanta *Yakin*, y a la izquierda *Boaz*. Uno es azul y el otro rojo, lo que revela su diferencia de naturaleza. En nuestros días, las cartas del Tarot son consideradas, sobre todo, como un juego en el que algunos tratan de leer el futuro. Pero los Iniciados del pasado que las crearon, depositaron en estas cartas una gran parte de su ciencia bajo forma de símbolos. Aquellos que saben interpretar estos símbolos ven abrirse ante ellos un inmenso campo de reflexiones y de descubrimientos.

Las dos columnas son, pues, de colores diferentes, azul y rojo, que expresan la oposición de lo masculino y de lo femenino. Volvemos a encontrar esta misma idea en el Árbol sefirótico, con los dos pilares de la Clemencia y del Rigor, a uno y otro lado del pilar central, el pilar del Equilibrio. En el pilar de la Clemencia, los sefirots *Hochmah*, *Hesed* y *Netzah*, representan los poderes masculinos, y en el pilar del Rigor, los sefirots *Binah*, *Geburah* y *Hod*, representan los poderes femeninos; y sólo pueden trabajar juntos armoniosamente si son mantenidos por esta instancia superior que está representada por el pilar central: los sefirots *Malkut*, *Iesod*, *Tipheret*, *Daath* y *Kether*. A estas dos fuerzas, antagonistas pero complementarias, controladas por aquélla que las domina todas, *Kether*, la



Pilar del Equilibrio

Árbol sefirótico

Corona; los cabalistas las llaman la Balanza cósmica.

Uno de los libros del *Zohar*, el *Siphra di-Tzeniutha* (es decir, el Libro Secreto) empieza con estas palabras: «Hemos sabido que el Libro Secreto es el libro concerniente al equilibrio de la balanza. Antes de que hubiese balanza, la faz no miraba a la faz y los primeros reyes perecieron por falta de alimento.» Estos reyes son, evidentemente, simbólicos. Son igualmente mencionados hacia el final del libro como «siete reyes en la tierra de Edom, que son los cascarones caídos al mundo de abajo». Pero la palabra «cascarones», es la traducción literal del hebreo «*kliphoth*». Los *kliphoth* son los reflejos invertidos, tenebrosos, de los sefirot divinos. Los *kliphoth* representan, pues, las energías, las entidades, las criaturas, que no respetan el equilibrio de la balanza. Por eso se dice que los reyes perecieron por falta de alimento: dejaron de ser alimentados por las grandes luces que vienen de la Cabeza sublime de arriba, *Kether*.

El símbolo de la balanza domina toda la creación. Hemos visto ya que los cabalistas dividen el Árbol sefirótico en cuatro regiones*:

- *Olam Atsiluth*, o mundo de las emanaciones compuesto por los sefirot *Kether*, *Hochmah* y *Binah*.

* Ver *Del hombre a Dios* (Izvor N° 236), Capítulo II: «Presentación del Árbol sefirótico».

- *Olam Briah*, o mundo de la creación compuesto por los sefirot *Hesed*, *Geburah* y *Tipheret*.

- *Olam Ietsirah*, o mundo de la formación, compuesto por los sefirot *Netzah*, *Hod* y *Iesod*.

- *Olam Asiah*, o mundo de la acción: la séfira *Malkut*.

En cada mundo, una séfira central equilibra las otras dos:

- En *Olam Atsiluth*, *Kether* equilibra a *Hochmah* y *Binah*.

- En *Olam Briah*, *Tipheret* equilibra a *Hesed* y *Geburah*.

- En *Olam Ietsirah*, *Iesod* equilibra a *Netzah* y *Hod*.

- En *Olam Asiah*, *Malkut* equilibra todo el edificio.

La balanza existe, pues, en los cuatro mundos. Y puesto que el hombre es un reflejo del universo, la balanza existe también en él en los cuatro mundos:

- En *Olam Atsiluth*, que representa el mundo divino del alma y del espíritu: *Neschamah*.

- En *Olam Briah*, que representa el mundo mental, el intelecto: *Ruah*.

- En *Olam Ietsirah*, el mundo astral, el corazón: *Nepesch*.

- En *Olam Asiah*, el mundo físico, el cuerpo: *Guph*.

Y puesto que la ciencia de la balanza es, también, la ciencia del hombre, hay que saber que los reyes de Edom están, igualmente, dentro de él: son

los siete pecados capitales; y si el hombre permite que se manifiesten sin control, sobrevienen el desorden y la anarquía. Pero como la Inteligencia Cósmica no acepta la anarquía, todos los seres que se sitúan fuera del orden creado por ella, son destruidos: también ellos perecen por falta de alimento. Por el contrario, aquél que trata de realizar el equilibrio de la balanza construye en sí mismo el Templo del Señor.

Es evidente que todas estas ideas son, aún, oscuras para vosotros, pero no os desaniméis. Si tenéis realmente el deseo de comprender y de realizar en vosotros el equilibrio de la balanza, gracias al cual se logra armonizar lo positivo y lo negativo, lo masculino y lo femenino, el rigor y la clemencia, recibiréis aclaraciones. Durante vuestras meditaciones, e incluso por la noche, durante vuestro sueño, otros seres distintos de mí os darán explicaciones.